



Catedral de la Habana.

ISLA DE CUBA.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Ya indicamos en nuestro anterior artículo que la Habana no es una ciudad notable por su aspecto monumental. Ni podía ser de otro modo. Acaso de cuantas poblaciones encierra hoy la extensa América, no hay sino una que pueda algún tanto enorgullecerse con edificios bellos y contruidos en gloria del arte; la ciudad á que aludimos es Méjico. Capital de un magnífico imperio, destrozado hoy por civiles contiendas, agotable manantial de riquísimas minas; cuya hermosa plata circula aun hoy por los mercados del mundo, Méjico fué la joya mas estimada de nuestros monarcas, y á la que principalmente, y con justo motivo, destinaron su munificencia. Cuando llegamos á recibir algunas láminas curiosísimas que esperamos, consagraremos nuestra atención en algunos artículos á la gran ciudad de Méjico, y conocerán nuestros lectores sus mas santuosos edificios. Baste por hoy esta indicacion.

Después del *Templeto* que hemos ya descrito, interesante por su gusto y sencillez, como por el recuerdo que perpetúa, debemos hablar de la catedral de la Habana. A la conclusión del siglo XVII era todavia este edificio una modesta ermita consagrada á S. Ignacio, y de escasa importancia. Llevados los jesuitas de su ambicioso anhelo de engrandecimiento y dominacion, cuya utilidad en ciertos casos no negaremos nosotros, pensaron seriamente en dar ensanche y fomento á la humilde casa que allí representaba su orden, convirtiéndola en un templo cómodo y rico. En 1724, y después de haber puesto á contribucion la caridad del vecindario, comenzaron los propios jesuitas la construccion de las obras, que dieron á la citada capilla el aspecto que en la actualidad tiene; pues ejecutada por el gobernador Bucarely su espulsion de la Habana, aquellas quedaron sin concluir. Exceptuando el altar mayor, fabricado de hermosos mármoles de Italia, y cuya construccion es de una sencillez elegante, la catedral tiene poco que admirar seguramente. Al artista Vernay se debe la pintura de las bóvedas, y al virtuosismo y célebre obispo Espada y Landa el ornato y enriquecimiento que gradualmente ha ido adquiriendo.

Pero el gran tesoro que encierra, y que la hace ser visitada de cuantos extranjeros arriban á la culta capital de Cuba, es el sepulcro en que descansan los restos mortales del osado marino que dió un nuevo mundo á Castilla, del sábio genovés que por divina inspiracion del genio se embarcó modestamente en el puerto de Palos, del úm-

bre Cristobal Colon. A la izquierda del presbiterio, y en primer término, se ve una lápida poco suntuosa, sobre la cual está grabado el busto del grande hombre, y mas abajo se leen estos detestables versos consagrados á su memoria:

« ¡ Oh restos ó imagen del grande Colon!

Mil siglos durad guardados en la urna,

y en la remembranza de nuestra nacion. »

Las autoridades locales de la Habana deberían mandar que se borrara la anterior inscripcion, colocando en su lugar otra que mas correspondiese á la grandeza del asunto. De otra manera, los jubileos y simabores de Colon no habrán terminado ni aun en la tumba en que para siempre yace. En cuanto á la historia de la traslacion de sus cenizas á Cuba, todos sabemos que desde Valladolid, en donde murió, fueron trasportadas á Sevilla, de esta ciudad á Santo Domingo, y finalmente á la Habana en 1796. No podemos resistir al deseo de insertar las siguientes palabras de un biógrafo extranjero al ocuparse de dicha traslacion: « Trescientos años después de su muerte fueron extraidos sus restos de la isla de Santo Domingo, como sagradas reliquias nacionales, con pompa cívica y militar, con coreonias religiosas, y disputándose con empeño la primacia de mostrarle reverencia los personajes mas ilustres y condecorados; y apenas cabí en lo posible la consideracion de que de aquel mismo punto saliera antes cargado de cadenas ignominiosas, perdida su fortuna, empañada su reputacion, y perseguido por los insolentes sarcasmos de la chusma soez que lo escarneia. Esas honras no devuelven nada indudablemente al que murió; no son poderosas á espantar las injurias, las vejaciones, los sufrimientos morales que abren en el corazon profundas heridas, que abrevian á un héroe el término prefijado en que debe convertirse en polvo; pero sirven no obstante de dulce consuelo á las almas ilustres y calumniadas, alentándolas á que opongan la resistencia de una valerosa resignacion contra los baldones presentes, y enseñándolas con este ejemplo el medio, único por desdicha, de que el verdadero mérito sobreviva á la injusticia, y reciba una recompensa mas segura, mas merecida en la admiracion de las futuras edades. »

El escritor de quien las anteriores palabras copiamos, que contra la coetumbre de los de su país hace justicia á nuestras glorias nacionales, tendrá mucho de que admirarse en la historia de los hombres que mas lustre y prez han dado á España. Aquí ninguno extraño la suerte que cupo á Colon, á Hernan Cortés, á Cerrantes y á tantos otros: el ejemplo de uno, que habiendo prestado servicios á nuestra patria, haya tenido siquiera la fortuna de no ser quemado por la inquisicion, ó vilipendiado y perseguido, es lo que en este país maravillaría á las gentes.

No saldremos de la catedral de la Habana, á donde el buen lector ha tenido la amabilidad de acompañarnos, sin hacer mención de un cuadro al óleo que está colocado frente al sepulcro de Colon, y que es algo notable por su pintura y por haber sido hecho, según al pié consta, catorce años antes de ser descubiertas aquellas regiones. Representa la ceremonia de bajar el crucifijo hácia la hostia por el pontífice, con asistencia del emperador, cardenales y obispos: el estilo que en dicho cuadro campea hace creer que fué pintado verosimilmente en Roma, al renacimiento de las letras y bellas artes. Ignórase por lo demás quién fué la persona que lo llevó consigo al nuevo mundo; y solo sabemos que desde 1823 está colocado en el referido sitio de la catedral.

La capitania general ó palacio del gobierno, que forma uno de los costados de la lindísima Plaza de Armas, es un edificio poco notable y que de ningún modo corresponde á la alta magistratura que por razones especiales ejercen allí nuestros gobernadores. Dicha casa es elegante, espaciosa; pero sin salir de la esfera particular, hay muchas mejores en Madrid y algunas en la Habana. En el pórtico de este edificio se hallan establecidas las escribanías de número. A espaldas de la capitania general está el convento de Santo Domingo, cuya iglesia nada notable tiene, y en cuyo recinto se han establecido las aulas de la universidad: universidad de escasisima importancia, que apenas logra reunir cien estudiantes de todos los cursos en cada año.

La iglesia de San Francisco merece que nos ocupemos de ella por ser quizá la mas notable en riqueza que tiene la Habana: su arquitectura, poco elegante, pertenece al gusto por las obras macizas ó abultadas, que prevaleció en la península después de la decadencia del conocido por gusto de Herrera, ó sea imitación exacta de los órdenes dórico y corintio y el compuesto. «La forma de la enunciada iglesia (1) es de una nave principal de buena altura, con dos órdenes de capilla á una y otra parte, siendo la techumbre de aquella y de estas iguales en la materia y arte. Levántase sobre los cuatro arcos forales de la mayor una espaciosa cúpula ó cimborio, desde donde corren por lo interior hasta el coro, sobre dos cornisas voladas, unas vistosas galerías matizadas de verde y oro. Su torre, que tiene cuarenta y ocho varas de altura, y en la que hay un hermoso reloj, es la mas linda de todas las de la ciudad, y carga encima de los muros de su fachada, ó sobre el arco de la puerta principal, siendo de bella simetría, y correspondiente al templo, que es hasta ahora el mas espacioso y adornado de retablos: sobre todos los que contiene, es el mejor el que dedicó un Ilmo. obispo á San Francisco Javier, apóstol de la India. Su coro tiene una bien labrada sillería de canoa, y su sacristía está muy provista de ornamentos y vasos sagrados, debidos á la piedad de sus bienhechores. El convento se compone de tres claustros espaciosos, con setenta celdas para cómoda habitación de los religiosos. Hay además tres cuadros que representan la vida de San Francisco, uno que se intitula *la familia del Santo*, con otros varios que adornan la sacristía, y el del Ilmo. Sr. obispo D. Fray Juan Lazo de la Vega.» Réstanos decir respecto de este edificio, que comenzó á construirse en 1571, y terminó en noviembre de 1738, consagrándose en 4.º de diciembre.

Concluiremos el presente artículo con la descripción mas exacta posible del gran teatro de Tacón, que es hoy la página mas elocuente de la rápida cultura, de la adelantada civilización, que viene distinguiendo á la Habana de algunos años acá. La fachada de este teatro es muy sencilla, demasiado sin duda para la magnificencia interior, que de ningún modo revela: consiste en tres arcos anchos, arcos de poca altura, que rematan en una cornisa con pequeños obeliscos, sobre la cual se destaca desairada la montana que cubre el teatro. Pero una vez dentro de este, todo es elegante, espacioso, y admirablemente distribuido: todo pone en ridículo los principales teatros de España, y muy singularmente los de la coronada villa que le sirve de Corte. Inmediatamente después de las tres grandes rejas que forman la entrada, hay un bellissimo patio circular con pilastras, fuente y dos lindos cafés á los lados. Los corredores y pasadizos que conducen á las distintas localidades, son estensos, y en ellos pasea la gente sin molestarse: hay además un salón para fumar, y otro anchísimo patio para tomar el fresco. Las lunetas, que teniendo en cuenta el excesivo calor de aquel clima, no se han convertido en butacas, pesan de dos mil, y están colocadas entre calles intermedias, que hacen sumamente fácil el trayecto. Hay tres órdenes de palcos, y estos son desahogados, teniendo por delante una barandita de rejá, que permite á las señoras lucir desde el elegante peinado hasta el diminuto pie habanero. Hay además dos órdenes de galería alta, y la superior está destinada para la gente de color. El proscenio corresponde á lo demás por su estenso foro y lujosa embocadura, sobre la

que hay un hermoso reloj: sentimos no poder decir lo mismo respecto de las decoraciones, que sobre haber muy pocas, son viejas y generalmente de poco mérito. El conjunto de este teatro, alumbrado por una magnífica araña, es verdaderamente suntuoso y digno de una capital floreciente. Nunca podremos recordar sin entusiasmo el aspecto que presentaba en noches de ópera, en que *Marini* y la *Steffenoni* hacian oír en él sus acentos.... Todas las localidades se encontraban ocupadas, y las mil habaneras que con sus trages claros y aéreos se veían en los palcos, parecían otras tantas billides suspendidas lijeramente entre el cielo y la tierra, es decir, entre las lunetas y la techumbre.

Pero, nos preguntará algun lector, ¿hay gusto por el teatro en la Habana? No vacilaremos en responder afirmativamente. Durante la temporada de ópera, que comienza en octubre y acaba en abril, el teatro de Tacón se encuentra constantemente lleno, á pesar del subido precio de los abonos y localidades. El empresario de dicho teatro ganó el año próximo pasado mas de 30,000 duros, después de cubiertos los enormes sueldos que se hacen pagar en América los artistas de algun mérito. Desgraciadamente no sucede lo mismo con las funciones dramáticas, y eso que los habaneros son esencialmente mas aficionadas á la dramática que á la ópera; pero los detestables actores que tienen la desgracia de oír hace ya tiempo, son capaces de hacer oír las obras mas aplaudidas de Hartzbusch y García Gu-



(Estatua de Carlos III, en la Habana.)

tiérrez, de Breton de los Herreros y Rubi. Cuando nuestra bella amiga, la distinguida actriz Sra. García Luna estaba en la Habana, y los carteles anunciaban su salida, el teatro se veía lleno..... hoy lo que allí queda es una turba de seres malhadados que no pueden servir ni de comparas á los Valeros, á los Romeas y á los Arjonas.

EMILIO BRAVO.

EL VENERABLE PADRE CIPRIANO BARACE.

Aquel gran padre de familias, que según el Evangelio no cesa á todas horas de enviar operarios á su viña, destinó en el siglo XVII, á trabajar en la inculta del Nuevo Mundo, á un navarro como San Francisco Javier, á un diocesano de Pamplona como San Ignacio de Loyola, y á un hijo y hermano de ambos en la Compañía de Jesús.

Isaba, villa del valle de Roncal situado entre las elevadas é imponentes masas de los Pirineos, en el extremo nordeste del antiguo reino de Navarra, fué la cuna del V. P. Cipriano Barace. Nacido este roncaldés de labradores timoratos, recibió una educación sólida en los principios de moral y religión, y aspirando al sacerdocio cual sus dos hermanos, estudió la gramática latina; pero faltos sus padres de los medios indispensables para costear la carrera literaria, vieron obligados á retirarle de las escuelas para los ejercicios del campo. Tanto ellos como el joven alumno se resignaron mal de su grado á semejante conducto, y ocurriendo entonces con afectuosa piedad su hermano don Pascual, comprometió á dividir sus alimentos con Cipriano, internó cursara los estudios mayores en la universidad de Valencia.

Concluido felizmente el curso de Filosofía, caminaba nuestro escolar con el mismo tesón por el de la sagrada teología, cuando don Pascual le escribió que abandonase la Universidad, pues no podía continuar asistiéndole por la escasez de su renta. Esta noticia hirió en el corazón á Cipriano, quien sin embargo respondió á su hermano: «que ya no era tiempo de dejarlo comenzado, y que habla de la Providencia Divina el socorro de sus alimentos.» Con esta resolución determinó á romper por la vejez de la mendiguez, si fuese necesaria, y por las molestias de una servidumbre á que se sujetó, sirviendo deayo al niño de un famoso médico, que se enamoró de la virtud y modestia del joven teólogo. Elayo cumplió exactamente con su cometido, sin que las atenciones ajenas le embarrasasen las propias de su estudio, compensando su discreción y desvelo el tiempo que le robaban los cuidados extraños. Terminada con lucimiento la teología, estuvo otros dos años de pasante en ella, y en tal situación se hallaba cuando fué nombrado beneficiado de Isaba, á consecuencia de haberse transigido con esta condición entre otros en el ruidoso pleito que se suscitó entre su citado hermano don Pascual y el electo para la abadía ó curato de dicha villa, sobre mejor derecho á semejante cargo. Cipriano tomó posesion del beneficio, pero lo renunció despues contentó con ser medianero en la discordia, patentizando así que los impulsos que sentia de entregarse á una vida perfecta, no le nacian de falta de medios humanos, sino de inspiración divina.

Tres religiones se le ofrecian á su deseo, como mas célebres en la observancia de sus respectivos institutos, á saber: la Cartuja, los Capuchinos y la Compañía de Jesús. El retiro, la aspereza de las penitencias, y el empleo de ganar almas le tiraban el corazón á todas tres religiones; mas no hallando modo de combinar en una sola dichas tres fines, adoptó el partido de remitirse á la casualidad de una suerte, sin embargo de que este expediente es peligroso y está sujeto á inconvenientes, cuando la deliberacion no es entre extremos de igual seguridad. Al efecto echó tres cedulitas con el nombre de las tres religiones, y la primera vez sacó la Compañía; pero no satisfecho con la incertidumbre de la contingencia, volvió á barajar las cedulitas, y sacó la que tenía el nombre de la Cartuja. Repitiendo el sorteo tomó á salir la Compañía, y determinóse entonces á entrar en esta, por parecerle que á favor suya había mayores muestras de la voluntad divina. Pidió, pues, con grande anhelo su admision en tan célebre Orden, y no pudiendo apartar de sí el retiro y austeridad que veia sobresalir en los cartujos y capuchinos, quiso hermanarlo todo en la preferida corporación religiosa, expresando que le recibiesen para alguna provincia de Indias.

Así se realizó por los años de 1671 con el mayor alborozo de Cipriano, quien fué admitido en la Compañía con destino al Perú, por hallarse á la sazón en España el procurador de esta provincia americana, el cual andaba recogiendo operarios para la mucha mies que se ofrecia en tan remotas regiones. Dio principio el recién admitido á su

noviciado en el de Tarragona, donde esperando oportunidad de embarcarse llenó seis meses de lúbriles ejercicios de virtud, y los prosiguió con el mismo tenor en la navegacion. Cumplido el noviciado en la ciudad de Lima, al fin de los dos años de costumbre hizo con aprobacion comun é indecible alegría propia los votos religiosos, y en seguida trataron los superiores de que se ordenase; porque aunque se practicaba en la Compañía que nadie recibiera los sagrados órdenes hasta haber transcurrido cinco años de religion, la madurez y sólida virtud de Cipriano y la firmeza de su vocacion eran motivos poderosos para abreviar aquel plazo. Preparóse, pues, con ocho dias de fervorosos ejercicios espirituales para ascender al sacerdocio, y en 11 de junio de 1673 fué creado presbítero.

Despues de ordenado permaneció poco mas de año y medio en Lima, sin cesar de dia y de noche de atender al bien de los fieles, especialmente en el confesonario en que se mostró incansable. Refiriéndose entre tanto la gloriosa muerte de dos misioneros á manos de los infieles en Chile y las Marianas, el P. Cipriano, estimulado por tales ejemplos, pidió licencia para entrarse por aquellas naciones, y reducir las todas á nuestro Criador. Otorgósele permiso para pasar á las misiones de Chile, á tiempo que se vieron señales de abrirse la de los Moxos en la misma provincia del Perú. Con esto los superiores aclararon mano del fervoroso roncaldés, comutándole en la de los Moxos la mision de Chile, para donde poniéndose luego en camino, atravesó con la mayor presteza posible las quinientas leguas que mediaban entre Lima y la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Diéronle por compañeros á otro sacerdote y á un hermano de la Orden, de igual vocacion y espíritu, y juntos partieron de dicha ciudad en unas débiles embarcaciones de los mismos gentiles, en las cuales es casi continuo el riesgo del naufragio.

Despues de diez ó doce dias de navegacion por el rio Guapay, tomaron posesion de la dilatada region de los Moxos en nombre del rey del cielo y de la tierra, el dia 29 de junio de 1673, habiéndose encargado de su hospedaje un indio que gozaba de autoridad entre los de su pueblo, el cual constaba de cien almas. La casa en que se le hospedó era la destinada para las públicas embriaguezes; tenía diez varas de largo y menos de ancho, y se componia de una enramada, bastante solo para defender de los aguaceros y dar alguna sombra contra los ardores del sol. Dividiéronla los misioneros en cuatro piezas: tres para el albergue de ellos, y la otra para capilla en que levantar el altar portátil que llevaban; para lo cual purificaron aquel imundo lugar y empezaron á celebrar el santo sacrificio de la misa, asistiendo á esta los bárbaros con la mayor admiracion y respetuoso silencio.

Tres los dias indispensables para inspirar confianza á los indios, el primer cuidado de los padres fué reconocer la tierra, y tanto en la esfera de las esperanzas que pudieran prometerse en su árdua empresa. Al efecto admitiendo las embarcaciones que les ofrecieron los indios amigos, procedieron á registrar los márgenes del rio Marmor, fiados en la proteccion divina, sin armas, sin defensa de los abrasadores rayos del sol, sin reparo alguno á las inclemencias del cielo ni á las plagas de los mosquitos que atormentan en aquellos países ardientes. Fué grande el gozo de los obreros evangelicos por la buena disposicion de aquellas gentes, que á la fama de su liberalidad acudian á las orillas del rio con regalos que les presentaban de los frutos de la tierra. Los padres correspondian con doncellas de cuentas de vidrio, anzuelos, agujas, cascabels y otras bujerias; cosas todas nuevas y peregrinas para los indios, quienes por la tanta las recibian con el mayor asombro y aprecio, habiéndose convenido los apostólicolcos varones ser de gran momento tales deditivas, pues si las omitian experimentaban el desvío y apartamiento de aquellos indios. Sirvió tambien la jornada para reconocer que no se podía dar paso sin aprender la lengua de los naturales.

El P. Cipriano acometió con grande anhelo tal estudio, con la dificultad que se deja entender donde no habia maestro ni intérprete, ni la rudeza de los indios daba explicacion á las palabras: eunper, el celo y la constancia de los padres lograron al cabo de dos años hacerse dueños del idioma, y entonces empezaron á proponer eficazmente á los infieles el fin principal de su venida. Andaba el P. Roncaldés de pueblo en pueblo, caminando muchas leguas á pié por los caminos ardientes y pantanos de aquella tierra, metiéndose intrépido por los peligros, sin mas armas ni compañías que la señal de la cruz; y no obstante, los pueblos que á veces le recibian con arcos y flechas en las manos, oían luego con alguna docilidad la embajada que de parte de Dios les anunciaba. En estas correrias se sacaba tambien la ganancia de los bautismos de algunos párvulos, que sin dificultad ofrecian los bárbaros en el artículo de la muerte; y fueron las primeras de aquella nueva Iglesia. Pero el genio del mal logró persuadir á los gentiles, que la muerte que venia en pos del bautismo era efecto de este sacramento y no de las enfermedades, y así principiaron á murar con horror medicina tan saludable. Esta prevencion

de las naturales creció con el soplo de la malignidad de los indios cristianos, quienes propalaban ser los padres espías de los españoles, y que éstos entrarían á dominarlos y oprimíroslos con las noticias que les diesen aquellos. Por mas esfuerzos y protestas que hicieron los obreros evangélicos contra la malediciencia, nada pudieron conseguir, y llegaron á quedar en el mas peligroso aislamiento y desamparo, viéndose obligados á ejercitarse en la pesca y en la caza con el uso del arco y de la flecha, para proporcionarse el sustento necesario.

Conociendo el P. Cipriano que en tan críticas circunstancias nada era posible adelantar en su apostólico ministerio, trató de atender á lo que hasta entonces había desatendido, á su propia persona. Hallábase esta maltratada hacia cuatro años por unas ruarianas, en que degeneró la gravísima enfermedad que le puso al borde del sepulcro, originada de la estrañeza del clima, de la insalubre y escaso de los alimentos y demas penalidades y privaciones. Con tan justo motivo trasladóse á Santa Cruz de la Sierra, donde durante la convalecencia aprendió el oficio de tejedor que después enseñó á los gentiles, para que pudiesen cubrir su grande desnudez y presentarse con decencia y honestidad.

Poco le duraron la convalecencia y descanso de Santa Cruz, porque su gobernador echó mano de él para la reduccion de una nacion vecina llamada de los Chiriguano, por los cuales fué bien recibido, habiéndose hecho en poco tiempo dueño de su idioma. Empezólos á catequizar; pero ellos correspondieron con tales abominaciones, que el padre se vió precisado á los siete meses á desampararlos y restituirse á sus antiguos Moxos. Halló á estos mas dóciles á sus consejos, á que ayudaron grandemente las persuasiones de un indio gentil de los mismos Moxos, llamado Luca, á quien el cielo inspiró notable afición á los misioneros, habiendo llegado por fin á comprender aquellos seres degradados las ventajas que les resultarían de unirse los pueblos pequeños y formar poblaciones grandes, sujetándose en todo á la direccion de tan buenos amigos. Juntáronse pues, de diferentes pueblitos ó rancherías hasta sesenta y siete, y tratándose en seguida de su instruccion enseñábaseles cada dia muy prolíficamente la santa doctrina. Con el conocimiento de esta avergonzándose los salvajes de su ceguera, condenaron al fuego todos los ídolos y demas instrumentos de la supersticion, y manifestaron deseos de recibir el primer sacramento; sin que desistiesen de su santo propósito con las sugerencias de los malignos, que atribuyeron á la determinacion de abandonar las máximas de sus mayores, la fatal pestilencia que á la sazón hizo miserable estrago en las vidas de aquellos pobres. Pasada esta tormenta, al cabo de seis años y ocho meses de paciencia, con indecible júbilo del P. Cipriano y sus compañeros, dióse principio á la nueva cristiandad de los Moxos con el bautismo solemne de todo el pueblo, habiendo sido este memorable suceso á los 23 de marzo de 1682, dia de la anulacion de Nuestra Señora, por cuya razon se dió el nombre de su santa casa á este primer pueblo, que por eso desde entonces se llamó Loreto.

Formado este pueblo, gastó el P. Cipriano cinco años en su aumento y establecimiento, habiendo conseguido reunir en él hasta dos mil personas y organizarlo todo con el debido orden. En el interin habia entrado socorro de nuevos operarios, y entonces marchó nuestro misionero á reducir otros pueblos, sin llevar consigo mas que un altar portátil, un indio nuevo cristiano que le ayudase á misa, un breviario, algunos papeles, un lienzo ó red para caza, y algunas bujerías para regalillos. Para la formacion de un nuevo pueblo escogió el parage en que años antes hicieron asiento dos padres de la Compañía, y tuvieron que abandonarle por la mala disposicion de los naturales, que entre todos los Moxos se conocian por mas irreduebles. El celo y la industriosa estirpe del P. Cipriano hallaron modo de tratar con aquellos salvajes. Sentábase comestor y se tendia en el suelo para conversar: dormía entre ellos con aquel desabrigo que á manera de fieras los acostumbra á las inclinaciones del tiempo: comía con ellos sus viandas escasas y malas: no escuchaba el acompañarlos y ejercitarse en sus cazas y pescas, ni otras otras acciones en que se hacía por Cristo bárbaro con los bárbaros. Concluida ademas el infatigable misionero de la total falta de curacion de aquellos infelices en sus dolencias, aplicóse á conocer la virtud curativa de algunas yerbas, y buscó algunos papeles y libros ó instrumentos de medicina y cirugía. Con tales recursos dióse á ejercer los oficios de médico, cirujano, boticario y hasta de enfermero por la absoluta estupidez de aquellas gentes, y así acabó de convencer su voluntad, consiguiendo que se congregasen en el parage escogido en número de dos mil personas.

Formó pues, un nuevo pueblo, al cual dió el nombre de Trinidad, y logró que en breve se pusieran los nuevos pobladores en disposicion de recibir las aguas del santo bautismo. Con la nueva ley introdujo el P. Cipriano nuevas costumbres, deserrando las públicas embriagueces á que eran muy aficionados los recién convertidos, y ordenando y usando los aqueceños y supersticiosos bailes con que las

celebraban, y que comunmente terminaban en muertes, venganzas y otros delitos. Para que hubiese orden y decoro en tales diversiones era necesario algun instrumento, y no habia quien le tocara: no se dedigó el Padre hacerlo con una vihuela, en que adquirió alguna destreza en su mocedad; y proporcionándose un tamboril, aunque no le manejó jamás, merced á la caridad ingeniosa, supo tocarle en láminas de inventar una danza tan exenta de inconvenientes, que pasaba de entretenimiento á celebridad y veneracion de lo sagrado. Accion fué esta semejante á la del grande apóstol Javier, cuando por ganar á Cristo una alma perdida aparentó ser jugador de naipes.

Atendiendo al bien temporal á la par que al espiritual de los nuevos cristianos, introdujo el venerable Padre las artes mecánicas, útiles al buen ser de la república, como el cultivar los campos con arado, y los oficios de arquitecto, carpintero, herrero y otros: igualmente trató de conducir ganado para que su carne sirviera á aquellos moradores en lugar de la de caza, que era con lo que principalmente se mantenian; pero no habiendo probado bien el caballo, ni el de lana ni cerda, se tuvo que apelar al vacuno, á pesar de distar por la parte mas cercana setenta leguas por espesas montañas, sin que hubiese abierto camino alguno. No habiendo quien se encargara de tal empresa, embárcose el mismo Padre para Santa Cruz de la Sierra, buscó hasta doscientas cabezas, invitó algunos mozos que le ayudasen, y empezando á caminar tuvieron que romper pedrazos de montañas, franquear ríos, y luchar con las reses que porfian por volver á sus querencias. Fallaban ya las fuerzas y en los ayudantes la constancia, porque cansados de pelear con las dificultades retrocedieron y dejaron al varon apostólico poco menos que solo. Hase tambien quedando el ganado, que el Padre con increíble teson lo rodeaba, metiéndose á veces hasta la rodilla por los pantanos y lodazales. Cincuenta y cuatro dias gastó en esta jornada, siempre por despoblado y con riesgo de fieras y de indios caribes, habiendo llegado por fin triunfante á la mision, aunque con menos de la mitad de las reses, con grande consuelo de todos y alivio de toda la tierra, en la cual se multiplicó dicho ganado.

En seguida pensó nuestro apóstol en fabricar templo al Señor, que hasta entonces moraba en una humilde ramada, la que apenas merecia el nombre de casa de cañas. Hizoose él mismo maestro y alijal de la obra, animando á unos á que hiciesen á cortar madera, y enseñando á otros á furar naipes; y yendo delante con el ejemplo de acarrear los materiales, levantó una aseada iglesia, que fue la primera que se edificó de adobes en aquellas tierras. Mas como con el tiempo creciese notablemente el número de los cristianos, construyó despues de algunos años con gran primor otra mayor de tres naves, de sesenta y tres varas de largo y veinte de ancho; edificó el mas vasto que hasta entonces habian visto aquellas naciones, las cuales acudian á contemplarlo como á una maravilla. Dispuso el infatigable Padre que se realizase con la mayor solemnidad posible la dedicacion del nuevo templo, á cuya ceremonia concurrió por lo tanto grande muchedumbre de cristianos y gentiles, y la tornó mas plausible el bautismo solemne de muchos adultos, reservado de propósito para mas celebridad del dia.

Puesto en buen orden el pueblo de la Trinidad, y reducidas á él y al de Loreto todas las poblaciones que al principio se registraron, aventuróse el P. Cipriano á descubrir otras naciones, acompañándolo para mayor seguridad competente número de indios armados. Al cabo de seis dias sin hallar rastro de persona humana, ofrecióse á su vista la tribu de los Coceremotos, la cual se asustó con la novedad escondida con gran diligencia los niños y las mugeres, por suponer se los iban á arrebatár los descubridores. Con las muestras pacíficas y afectuosas del Padre aquietáronse aquellos infelices y dieron señales de escuchar con agrado las proposiciones religiosas que mas adelante aceptaron. Lo mismo aconteció con los llamados Cirlozes y con los Guarayos, cuyo nombre se oía con horror entre todas aquellas naciones, por ser enemigos de todas ellas, á causa de su fiera costumbre de sustentarse de carne humana.

Con tales descubrimientos de gentes iba cada dia tomando cuerpo la mision, y al mismo paso crecia la necesidad de los medios de subsistencia y demas géneros, que habia que conducir desde doscientas leguas de distancia. Descubriendo el modo de abreviar tan largo camino, emprendió el fervor del P. Cipriano una trabajosa expedicion en el año de 1697 al través de una cordillera, en compañía de los indios de mas confianza y con los instrumentos necesarios para hacerse lugar en la aspereza de las montañas. Dieron luego en lo intrincado de estas, donde tropezaron con una nacion denominada de los Bathes, los cuales, aunque recibien bien al Padre, no le quisieron guiar en aquel laberinto. Con esta espulsa salió el infatigable misionero con sus indios á entrar la serranía, donde todo fué desistir y perder el tiempo, consumir los alimentos y padecer grandes trabajos, los cuales sin embargo proporcionaron el conseguir un manantial de agua muy salubre, que tomando cuerpo á fuerza de crecimiento, se convertia en

muy buena sal. Celebróse este hallazgo en la misión como noticia de grande utilidad para toda ella, pues así podrían proveerse de artículo tan esencial aquellos pueblos, sin el afán de llevarle del Perú á distancia de docientas leguas.

Al siguiente año volvió el P. Cipriano á la misma ardua expedición; pero perdiéndose en lo enmarañado de los montes le fué forzoso retirarse, por no pórceer con su gente. Acometiendo por tercera vez igual empresa, previno á otro misionero, que saliendo del Perú le fuese á encontrar por donde había fama que entrarán los conquistadores españoles, al paso que él subiría la serranía por la banda de los Moros, y que ambos para ver si podían descubrirse mutuamente habían de bñterse soñas encendiendo hogueras en lo alto de los cerros. El Padre que entraba por el lado del Perú no pudo aguantar mas que algunas jornadas, y retrocedió dejando algunas fogatas; pero estas no pudieron ser vistas por el P. Cipriano, el cual halló la cordillera muy doblada de subidas y bajadas inaccesibles, cuyas profundidades sombrías estaban oompadas por diferentes rios y arroyos, siendo necesario valerse, por lo dificultoso de su paso, de la industria de buscar algunos palos, que entrelazados unos con otros sirviesen de mal segura barca. No se descubría en tan lúgubres contornos pisada alguna de persona humana, y sólo se hacían reparar el ruido y rastro de las fieras, que tenían en continuo desvelo el cuidado. El venerable Padre no llevaba mas abrigo ni ropa que sobre la interior la sotana, sin tener que mudarse, ni en qué reponerse de noche de las fatigas del día, porque así este como los demás caminos, los hacía contento á imitación de los indios con colgar de un árbol ó otro una red ó pedazo de lienzo en que suspender el cuerpo, á fin de que no cargase inmediatamente sobre el suelo mojado. Acabáronse los bastimentos y faltó tambien el alivio del fuego por la excesiva humedad, acotándose por lo mismo el Padre continuamente mojado, acosado á la vez por el hambre, la desnudez, el frío y el cansancio. Varios de los indios retrocedieron con tiempo; el Padre, aunque empezó á desfallecer, animaba á los demás con el socorro y la esperanza divina, y esforzándose todos con tan santas palabras pudieron volver á pararse mas benigno que les libró del frío y de la humedad. Con este alivio lograron llegar á los pueblos de los Raches, quienes les dieron el reparo de alimento reclamado por su extrema necesidad. En seguida partió el Padre para su antigua misión, donde le miraron como resucitado; y en verdad, él qué era muy medido cuando hablaba de sus trabajos, llegó á decir que nunca se tuvo por muerto sino en esta ocasión.

Por cuarta vez volvió á los mismos riesgos y fatigas, y entonces premió Dios su constancia, porque cuando creía estar tan cercado como antes en la espesura de las montañas, se halló en la ceca de estas y á la vista del Perú. Los indios explicaron con gritos alborozados, y el padre los envió con la nueva al colegio mas cercano de la Compañía, el cual la recibió con indecible alegría, al ver que se podía contar con un camino de solas quince jornadas, en lugar de las cuarenta que tenía el antiguo. En estas circunstancias dió pruebas de la mayor abnegación el apóstol de los Moros, pues siendo tan natural el reparar las queiebras de la salud causadas por tantos trabajos, y hacer una visita á las tierras de los cristianos y á los amigos y conocidos antiguos, en ausencia de más de veinte y cuatro años, retrocedió á su misión por el nuevo camino.

Después de muchos peligros y penurias descubrió tambien la nación de los Tapacuras, consiguiendo que se reconciasen con los Moros y con sus crueles verdugos los antropófagos Guarayos. Pero el descubrimiento de mas importancia fué el de los Baures, cuyas primeras tierras estaban á los ocho dias de camino del pueblo de la Trinidad. Eran aquellos gentiles menos rudos é incultos que los Moros, pues tenían con alguna regularidad las poblaciones, eran agasajadores de los huéspedes, y las mujeres llevaban vestidos decentes. Prometiéndose, pues, el P. Cipriano fundar una florida cristiandad entre los Baures, entró en su país sin mas comitiva que la de tres mozos y un muchacho que le ayudase á mias. Recibieronle en el primer pueblo con indecibles muestras de alegría, y lo mismo sucedió en otros cinco á que pasó por convite de los mismos pueblos. Viendo que de la población inmediata no le anticipaban igual convite, resolvió el Padre anunciar su visita, porque tenía esperiencia de que con la repentina llegada de hombres á caballo solian quedar desiertos los pueblos. Llévose el mensajero por los naturales, á pesar de la repugnancia con que lo hicieron, á pretexto de ser los vecinos gente muy esquiva y ajena de las leyes de la hospitalidad, llegando á poco rato el intrepido misionero, quien fué recibido con muestras de buena voluntad, bastantes para sosegar cualquiera zambra de recelo.

Al día siguiente hallése convidado por los moradores de otra población, los que le acogieron con señales de verdadera amistad, correspondiendo el Padre con las dádivas de costumbre y con palabras que fueron escuchadas con agrado. Por la noche alumó al apostólico varón y á los suyos el sonido de unos tambores que tocaban en el

pueblo de donde venían y en otro inmediato, habiéndose aumentado su cuidado desvelo al advertir que desfilaban algunas cuadrillas de gente del uno al otro pueblo. Juzgando que semejante movimiento indicaba alguna fatal novedad, mandó el Padre prevenir las cabalgaduras para la retirada; pero en el interin llegaron mensajeros de otro pueblo cercano, pidiéndole con toda urbanidad que le favoreciese con su visita. No pudo negarse á tal invitación, aunque los suyos se lo disuadieron, y así el Padre no cabía de gozo al ver que los conquistadores le recibieran con los mayores estremos de agasajo. A las pocas horas dió la vuelta al punto donde dejó las caballerías; pero hallándole yermo tuvo por cierto su peligro. Montó á caballo, y al entrar en la población donde primero se había tocado el tambor, le salieron al encuentro cuadrillas de gente armada de tres pueblos con arcs, flechas y macanas. El bárbaro que capitaneaba á los demás, instó al P. Cipriano que se quedase en su pueblo. Escusóse con razones de cortesía; prosiguió su camino, y el tropel de gente iba en su seguimiento con voces y ademanes amenazadores, hasta que al atravesar un mal paso que hacia un pantano, dispararon una lluvia de flechas. Sintiose herido el inofensivo apóstol en un muslo y en el brazo en que llevaba la cruz, y herida tambien la cabalgadura despidió al venerable ginete. Entonces bujeron los que le acompañaban, y los bárbaros arremetieron con furor, causándole muchas heridas que recibía repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus y Maria, abrazado todavia con la cruz, que se le arrebató uno de aquellos verdugos. Descargándole en seguida un racio golpe de macana acabaron de quitarle la vida, preciosa por ser ofrecida en holocausto.

Los bárbaros rodearon el cadaver, y metiéndolo entre el agua cenagosa le cubrieron de yerba. Estaba entonces claro y sereno el cielo; mas repentinamente cayó un furioso aguacero, que hizo retirar á los bárbaros á guardarse en los montes, y dió lugar á que se salvasen los compañeros del Proto-Mártir de aquella misión, á quienes guardaba Dios para testigos de su glorioso fin. Ocurrió esto en el año de 1702, á los 27 años y dos meses y medio de apostol de los Moros, y á los 61 de su edad, en el día 16 de setiembre, en que celebra la iglesia el ilustre martirio de S. Cipriano; circunstancia que mas parece misteriosa que casual, por ser este gran santo el patrono de la Villa de Ibaña, y por la semejanza del nombre, del ministerio, de la vida y de la muerte del V. P. Cipriano.

Llegó el eco de tan dichosa muerte á la ciudad de Santa Cruz, de cuyo presidio salió en la primera oportunidad un escuadron de soldados españoles á cargo del general D. Felix Cortés. Con ellos se incorporaron mil soldados de los indios amigos; y sin reparar en gastos ni en las muchas jornadas de mas de 140 leguas de camino, y llevando consigo dos misioneros que sirviesen de reprimir la licencia militar, llegó este pequeño ejército á las tierras de los gentiles, á quienes escarmentó apresando á 230 de ellos, y ahorcandó á uno de los principales agresores en el mismo pueblo donde se perpetró el delito. Por mas esquisitas diligencias que practicaron los dos misioneros no pudieron lograr el hallazgo de los venerables cuerpos del mártir P. Cipriano, cuya muerte fué muy florida de toda la misión; en la cual haciéndose todo para todos fué maestro, pastor, conquistador, descubridor, medico, cirujano, músico, cantor, baquet, carpintero, albañil y tejedor, y desempeñó otros oficios humildes.

A todo atendia el P. Cipriano durante su apostolado, menos á si mismo. Cuando comenaba en los primeros años de él, no hacia mas prevención que de unas yucas, que son unos raices propias de la tierra, á que añade un pedazo de mano ó otro género de cara, sabuado ó mal asado, que le daban los indios de limosa. En los últimos años, cuando la crecida y fatigada edad pedía mayor fomento, y ya había algun ganado vacuno, á la yuca añadía de provision un poco de vaca salada, tostada y molida para los dias de carne, y para los viernes un poco de harina de maiz. No usaba de reparo alguno ni contra las lluvias tempestuosas ni contra los ardores del sol, no obstante de haberlos experimentado tan fuertes y tan contrarios, que le derribaron todos los dientes y muelas, y le hicieron quedar algunos veces el cutis de las manos y de la cara. No usaba de defensa alguna contra la plaga de los mosquitos, que solo sabe pondurar el peso de esta mortificación quien se ha visto en aquella tierra tan rodeada de ellos, como solemos de una densa y oscura neblia. Todo su haber se reducía á un breviario muy viejo y al traje que usaba, y consistia en la ropa interior muy pobre, medias y zapatos de pieles de animales de caza mal curadas, una montera de lo mismo; y una sotana de algodón teñida con barro negro descolorido; sombrero, sobrepasa y manto. En muchos años no los tuvo. Siempre se acostaba vestido sobre un simple lienzo de algodón; al sacarlo cuando mas largo, aun hallándose de asiento en el pueblo, no pasaba de cuatro horas; y después que fabricó la iglesia durmió mas de dos años debajo de un altar de ella al sereno, sin mas abrigo que el vestido que tenía encima. Su recato era cual convenia en un ministro del Evangelio. Pensaban los indios ser gran miseria el carácter el hombre de mujer, y así

llevarlos de su afecto al padre, no una vez sola le ofrecieron alguna, para que viviese con gusto y comodidad. El negarse él á tan indigna propuesta le servía de estimación y autoridad, como si en él se ocultase una virtud superior á que no alcanzaban las fuerzas de ellos.

Todas estas virtudes premió nuestro señor, no solo con fin tan glorioso como el martirio, sino con permitir á este su nuevo apóstol el ver y contemplar en vida una florida cristiandad. Dió las aguas del Santo Bautismo á mas de cuarenta mil personas: fundó dos numerosos pueblos: entró solo con un compañero, y dejó mas de treinta misioneros y registradas numerosas naciones para el empleo de muchos otros. Mereció pues, tan esforzado obrero evangélico, bien de Dios y de los hombres: digna es de perpetuarse de generacion en generacion la memoria de quien todo lo pospuso á la perfecta imitacion de Jesucristo, y á tan piadoso objeto dedican y consagran estas compendiosas noticias los que tienen el honor de contar entre sus ascendientes al V. P. Cipriano Barce.

MARIAS EZQUER PEREZ Y BARCE.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rico suena!

(Continuacion.)

Desde aquel momento cesó la resistencia; los bandidos se dispersaron, corriendo á sus caballos; y apoderándome yo, con otros de los que me seguían de las monturas que mas á mano encontramos, los seguimos de cerca. Es de advertir que con lo grave del peligro cesó tambien la subordinacion de los míos, y echando cada uno por donde mejor le pareciera, halléme solo en persecucion de cierto saltador digno por su audacia de pertenecer á mas honrada clase. Aun en medio de la ira que entonces me dominaba, no pude menos de admirar la gallardía de la persona, lo rico y elegante del traje de campo, la destreza en la equitacion, el aplomo, la serenidad con que aquel hombre se conducía. Así que se vió directa y personalmente perseguido, sacó el caballo á ese aire que llaman unos galope sostenido y otros media rienda, abandonó esta sobre el cuello del animal, y echando mano á uno de los dos relacos que del arzon trasero de su albardon jerezano llevaba pendientes, requirió el ceño, tan despectivo como si fuera á tirar al blanco. Yo por mi parte llevaba en la mano una pistola amartillada, y el sable desnudo pendiente de la muñeca. Volvióse el ladrón hácia mí, girando sobre las caderas, como veleta en su eje, y echándose el retaca á la cara, dió, como ellos dicen, *gusto al dedo*; lo que significa en castellano que me hizo fuego. Tan buena fue la puntería que la bala atravesó el morion y, aunque ligeramente, me raspó la parte superior de la cabeza.

Arrebatado de ira, disparé la pistola, mas no logré herirle, y él entonces cogió el segundo relaco y volvió á tirarme. Tuve, por dicha, la precaucion de tenderme sobre el caballo, que sino, es probable que no pudiera ahora referirles á VV. el caso; pero la fortuna se declaró por mí, y á penas sonó el tiro, ya mi adversario habia recibido una buena cuchillada en un hombro que dió con el cuerpo en tierra, y llevaba á nuestra contienda.

Al estrépito del combate acudieron los amigos, y reconociendo en el vencido nada menos que á Paquillo el Majo, capitán de la cuadrilla, comenzaron á ponderar mi hazaña con las acostumbradas exageraciones de aquel país. Llegué, pues, en triunfo á nuestro cuartel general, la paridera, donde las damas vinieron á felicitarne, como si yo solo y no auxiliado por sus dardos los hubiera salvado. En esto nadie hasta entonces habia reparado, ni yo me acordaba del raspazo de la cabeza, pero una voz, una voz, señores, cuyo eco sonoro y melodioso no se borrará jamás de mi memoria, exclamó: «¡Eh, ese caballero está herido!» Como soñar oyendo aquella voz, porque era la de Matilde, volví la vista al punto de donde salía y veo ó imagino ver á la misma Matilde; y entonces, no sé cómo, perdí el sentido.

Recuerdan VV. que les he dicho que durante el día no me reuní con las señoras, y que ni aun en la mesa reparé en ellas.

Al volver en mí, halléme tendido en el suelo, reclinada la cabeza en el regazo de una venerable mamá, que con volubilidad maravillosa, decía: «¡Jesus, pobrecito! ¡Dios quiera que no sea nada!... Si yo tuviera aquí mi balsamo... ¡Y qué buen mozo es; Dios le bendice! etc. Pero en compensacion unas manos blancas como la nieve,

suíves como la seda, buscaban entre mi cabello el lugar de la herida: un pañuelo de batista me enjugaba el sudor y la sangre, y á menos de una pulgada de mi boca latía un corazón que debía ser muy puro, si lo era tanto bello como el seno que lo encerraba; Era Matilde! Creyendo que dolíaba, no me atreví á desfogarlos labios por no perder la ilusion, mientras me pusieron un vendaje improvisado; y cuando, terminada aquella operacion, iba en fin á romper el silencio, el galopé de muchos caballos que se nos acercaban, llamando la atencion de todos, hizo que me dejáran solo con la respetable señora que me servía de almohada. Entonces, recobrando instantáneamente las fuerzas me levanté, y mas curioso que cortés, seguí la direccion de la mayoría, dejando allí, y absorta sin duda, á la caritativa matrona.

Los caballos que llegaban eran cuarenta, que el comandante general de Ronda, noticioso, aunque tarde, de nuestra posicion, nos enviaba. El oficial comandante de aquella fuerza me invitó á acompañarle hasta el cortijo, y aun sin su invitacion lo hiciera yo. Monté pues, á caballo, y tuve tambien parte en el socorro, que llegó á tiempo en que ya comenzaba á arder el cortijo. Allí se capturaron tres ó cuatro bandidos mas, que conduje á Ronda, donde el comandante general me recibió cual héroe de aquella jornada, sin razon repito, pero ya saben VV. que mas vale caer en gracia que ser gracioso.

Pero de nada de eso me cuidaba yo: habia oido, habia visto á Matilde, no una vez sola, sino dos, y de tan cerca que era imposible engañarme. ¿Mas cómo se hallaba en Ronda, sin saberlo yo? ¿Cómo no me habló en la mesa, y se hizo la desconocida en el campo? La primera de estas dificultades no tenía solucion, pues la ciudad es tan pequeña que, apenas llega un forastero, toda ella lo sabe; y además en el café se lleva cuenta y razon de las bellezas de diez leguas á la redonda. Por lo que respecta á mi segunda duda, ya era mas fácil explicarla, pues por una parte la especie de misantropía que me alejaba del bello sexo, y por otra la aventura misma que motivó mi destierro, hacían posibles entrambos extremos de la dificultad. Ya se deja conocer cuál sería mi curiosidad, mas por la primera noche me fué imposible satisfacerla, siendo ya tarde cuando salí de casa del capitán general; á la mañana siguiente mi herida se habia empeorado y amanecí con calentura; y para decirlo de una vez, teniendo el mal en asiento en la cabeza, hubo de estar incomunicado tres días mas. Pasados estos, vino á visitarme el dueño del cortijo de la aventura, y como era persona de buen carácter y conocida reserva, no tuve inconveniente en rogarle me sacase de dudas.

«Eran tantas las señoras, que allí había, me respondió, y las señas que V. me dá tan comunes á la mayor parte de ellas, que no sé cómo acertar á responderle. — Pero, amigo mío, repíqueme, ¿no le dígo á V. que era la mas hermosa? — Es decir la que á V. mas se le pareciera; pero ya V. sabe que de gustos... Vámonos á ver si me dá V. alguna seña mas clara. — Tiene avalado el rostro, trigüño el color, negros los ojos, arqueadas las cejas castañas como el cabello, pequeña la boca con un hoyuelo á cada lado, blancos los dientes como perlas ¿Quiere V. más? — Ese es el retrato de la mayor parte de las andaluzas. — ¿Y aquella gracia? ¿Y aquel mirar que penetra los corazones? ¿Y su voz, comparable solo á la de los ángeles? — ¡Dios nos tenga de su mano! Ya echó V. por esos trigos de Dios, y no es para mis años seguirle en sus poéticos éxtasis. Pero veámonos á razones ¿Es esa Dulcinea de Ronda, ó forastera? — No lo sé. — ¿En qué diablos ha estado V. pensando, que lleva aquí dos meses y no sabe ya de memoria los nombres de todas las muchachas del pueblo? — Sea por lo que quiera, esto es que no la sé; y además... en realidad la persona por quien preguntó á V. no puede decirse que sea una muchacha precisamente. — Hombre de los diablos, ¿ha caído V. en erratas de las *jamonas*? — Por ahora solo estoy en las del demonio de la curiosidad impaciente, de quien parece que V., amigo mío, se ha propuesto ser elocacísimo auxiliar. — Sosiéguese V. y pásemonos revista á la seccion de veteranas hermosuras que nos favoreció en la bruma del día pasado. ¿Será Doña Ramona, la voluminosa matrona, que tiene, no un hoyuelo, sino una sima en la mejilla derecha, y en la izquierda un lunar de dos varas de diámetro? — Por Dios y por Santa María que se deje V. ahora de bromas. — Tal vez sea la Ignacia, que no cesa de hablar de que tuvo su cabeza de V. en sus rodillas, mientras le curaron... — ¿Quien fué lo que me curó? por eso pregunto. — La viuda de Moron. — ¿Cómo se llama? — Concha. — ¿De apellido? — El de su familia no lo sé, el de su difunto marido sí. — ¿Y es, en fin? — Gómez Retama, un oidor de Indias. — ¿Qué edad tiene esa señora? — Unos veintidós á treinta años; pero es arrogante moza. — ¿Cuánto hace que está viuda? — Dos ó tres años. — ¿Y habita en Moron? — Ordinariamente. Aquí vino hará tres semanas á pasar una temporada en compañía de cierta parenta mía, su grande amiga; y ayer salió para Eclja, desde donde parece que pasará á Madrid. ¿Era esa la que V. buscaba? — No, amigo mío, y no acertó á creer que

queda haber tal semejanza entre dos personas, que la que yo vi y oí, sea la misma que V. describe. — No lo entiendo. » Aquí tuvo que explicar á mi interlocutor, como en la mujer que había sido asunto de nuestra conversación, creí ver á otra que era dueña de mi corazón.

« Cuando un afecto nos domina, me dijo el caballero de Ronda, después de haberme escuchado atentamente, cuando un afecto nos domina, como á V. el suyo, es preciso desconfiar hasta del testimonio de los sentidos. Las pasiones son enfermedades del alma, y así como el hombre calenturiento no goza de la plenitud de sus facultades intelectuales, tampoco el enamorado de la de sus órganos físicos. Si esto le parece á V. una paradoja, el tiempo se la demostrará. Mas de todas maneras la Viuda de Morón no tiene hermanas, ni primas tampoco que yo conozca, y apenas hay familia andalza cuyo genealogía y relaciones ignore. — Sin embargo, acaba V. de decirme que no sabe el apellido de esa dama. — Cierto, pero de seis años á esta parte viene infaliblemente todos los veranos á pasar en Ronda un mes y á veces más; y si tuviera hermanas ó primas, alguna vez la hubiéramos oído hablar de ellas. Con todo eso preguntaré á mi sobrina y mañana sabrá V. lo que haya. »

Complió su palabra aquel complaciente caballero, pero manifestándome que, no solo su sobrina opinaba como él, sino que además sabía de boca de la viuda misma que no tenía parienta alguna ni jamás tuvo hermanas.

Ya ven VV. que me engañé, ó al menos que todos los datos lo probaban, mas lo que es preciso que sepan es que llegó á apoderarse de mí un sentimiento superfluo, tal y tan fuerte, que me hizo casi, casi, creer que había habido algo de sobrenatural en todo aquel lance; pues, por una parte, me decía la conciencia que mis oídos y ojos me habían servido bien, y por otra era evidente que Matilde no se halló en el día de campo, tan fecundo para mí en aventuras. Por sí no bastaba eso todavía, recibí entonces precisamente una carta de mi Coronel relativa á asuntos de mi antigua compañía, pero que en posdata añadia:

« El regimiento está desconocido; Almazan acaba de ser promovido á coronel efectivo y nombrado oficial de la secretaría de la guerra; Mendoza é comandante de escuadron y empleado en la inspección general del arma. Dicen que son milagros de la mujer del último, quien salió para Madrid cuando nosotros para Badajoz. En su lugar de V. me han enviado un mostrenco, y se les conoce ya á los caballos de la compañía la estupidez de su capitán: pero si entra en vereda, nos entenderemos. No me han respondido á mi primera representación; hoy la repito. »

Preocupado y descontento además, pasé en Ronda como quince días, al cabo de los cuales recibí por conducto del comandante general una real orden alzando mi destino y conestándome además licencia para pasar á la corte á besar la mano á S. M.; es decir, *mil sobre hojuelas*. Atribuí, como era natural, tan inesperado favor á la aventura de los ladrones y á la singular protección del jefe de aquel distrito, y dándole gracias con toda mi alma, monté á caballo sin ladrones para Ecija, donde tomé la posta para Madrid. Mi ánimo era solicitar que se me repusiera en mi empleo y regimiento, único medio para que la rehabilitación fuese completa: pero de otra manera lo entendí la suerte. Recibíome el ministro, no como persona convenida de mi inocencia, sino como jefe indulgente que olvida juveniles locuras, y en vano, con toda la entereza que el respeto consentía, procuré sincerarme: nada conseguí. Tuve la honra de presentarme al Rey, y S. M., sin dejarme hablar, me dijo: « Es preciso tener juicio: una calaverada puede pasar, la segunda no. » Ya VV. comprenden que con tales premisas, la prudencia me aconsejaba aguardar á mejor ocasión para entablar mis pretensiones.

Así pues, dejando por entonces á un lado los negocios, me entregué exclusivamente, sin á los placeres, que mi alma en nada los encontraba, por lo menos á las diversiones de lo que se llama gran mundo. Matilde estaba en Madrid, preciso era, pues, encontrarla en el torbellino de la sociedad, y esa esperanza me hubiera hecho arrojarle á un precipicio, si necesario fuese. A la verdad mi cálculo no salió fallido, pocos días después de mi llegada á la corte, acosado por el calor, bajéme al Prado á las diez de la noche, y mas bien me tendí que me senté en las consabidas estacionarias y toscas sillas. Mas de una hora hacía que, reclimada la cabeza, meditaba en medio del incesante tránsito de las gentes, del vaguear destemplado de los aguadores que llaman de nieve al tibio caldo de sus botijos, del atipado acento de las desavenidas naranjeras, y de los gritos sin fin, en fin, de los muchachos de la candela, cuando al entre aquella habilitada greguería resonar á dos pasos de mí la voz de Matilde, ó la de la viuda de Morón; que cualquiera de las dos podía ser. Sin pararme á averiguar cuál fuese, levantéme, y siguiendo la dirección que en el paseo estrecho, llímite entre el salon y la calle de los coches, me pareció traer la voz, llegué á un grupo de cuatro señoras que

se despedían con los acostumbrados abrazos y besos; no siempre, según dicen las gentes, muy sinceros. Una de ellas era Matilde, la estoy viendo, de basquiña de alpin con guarniciones de avorio, mantilla blanca y una rosa en la cabeza. Iba á llegarle á ella, pero unos malaventurados petimetres se interpusieron entre nosotros, y á pesar de que yo, mas diligente que cortés, tardé poco en salvar aquel obstáculo, cuando lo hice, ya Matilde y otra señora con ella subían en un coche que á la cuenta las esperaba. Quédeme hecho estatus de nieve cuando las mulas salieron al trote, dejándome con mi curiosidad, llevándoseme el alma en pos del carnaje; y de tan mal humor, como es fácil de presumir, abandoné el paseo, subiendo por la carrera de San Jerónimo hacia la calle del Principe. En el teatro de ese nombre toda palco mi familia, y casi maquinamente di con mi persona en él. ¿Cuál sería mi sorpresa, cuando frente por frente vi á Matilde, con su marido y Almazan; Matilde indudablemente, pero vestida de sala y no de calle, como un cuarto de hora antes la había visto? ¿Será posible, exclamé, que por segunda vez me engañen así los ojos? Mi madre y las demás personas que conmigo se hallaban, soltaron el trazo á ver oyendo aquel, en su concepto, despropósito; y aun yo mismo, procurando entrar en la broma, expliqué, no me acuerdo cómo, mi intempestiva exclamación. Mientras duró la comedia no se apartaron mis ojos de la hermosa mujer de Mendoza, quien reconociéndome desde luego y sin dificultad, aprovechó un instante en que sus dos acompañantes tenían la vista fija en la escena, para hacerme con la cabeza un saludo imperceptible para todos menos para mí, y acompañar aquel movimiento con una sonrisa y una mirada que me elevaron al quinto cielo. Era aquella la vez primera que mediaba entre Matilde y yo un secreto, era aquel saludo la primera señal de que mi amor no la ofendía, y sin exageración, puedo decir que acaso ninguno de los instantes de mi vida fué tan delicioso como aquel. De buena gana siguiera á mi amada al salir del teatro, y es probable que lo hubiera hecho, á pesar del riesgo de llamar la atención de Mendoza ó la de Almazan: pero mi madre me suplicó que la acompañase á cierta sociedad, de una manera que el riesgo equivalía á mandato.

Pocos días después del doble encuentro de que acabo de hablar, fui convidado á un baile de máscaras que cierta señora daba en su casa, haciendo de la usual y constante prohibición del señor Corregidor de Madrid, el poco caso que acostumbraban aquellas personas cuya gerarquía y relaciones las ponen al abrigo de no golpe de autoridad; y confieso que, incomodado como yo lo estaba por no haber podido ver de nuevo á Matilde, vacilé algunas horas sobre lo que haría. Mas cuando ya me hallaba casi resuelto á pasar en la cama las horas del baile, recibí por el correo este billete (sacado uno del bolsillo), que conservo cuidadosamente como cuanto tiene relación con aquella época de mi vida. Digán VV. su contenido: «Llego usted por ir al baile que dá el domingo la marquesa de ... y vaya disfrazado con dominó negro y ceñidor verde. Una dama que llevará traje de mangas, y una sortija con una sola esmeralda en el dedo índice de la mano derecha, desea hablar á V. y la hará, si no se quita la careta en toda la noche. »

Sin ser profeta podía muy bien cualquiera asegurar que quien aquel billete escribió era la mujer de Mendoza; y en efecto, persuadido de la exactitud de esa conjuntura, que desde luego firmé, creyó que fui la primera máscara que se presentó en casa de la marquesa, con dominó negro y un listón verde en la cintura, de la cinta mas negra que hallé en la tienda de Cabañas. Después de haberme descubierto á una persona á quien la dueña de la casa contó la penosa y delicada comision de reconocer uno por uno á todos los máscaras, calándome la sofocante careta, entré en los salones, casi desiertos aun, pero bien iluminados; y convidado ya con lo espléndido del adorno y la claridad de las bugias á entregarse á los placeres del baile. Eran las diez y media muy dadas cuando empezaron á llegar los convidados, ya sencillos, ya en comparsas que entonces eran esas muy de moda; y á la verdad siento que vaya perdiéndose la costumbre de formarse, pues con la uniformidad de sus trajes, y lo comparado de sus ensayadas contradanzas, por una parte metodizaban en cierto modo el baile, dándole un aspecto dramático, y por otra tambien servían para que se viesen algunos destellos de ingenio en una diversion donde llegáramos, siguiendo la marcha que llevamos, á no bailar ni hacer cosa buena.

D. Diego. ¡Vean VV. el capuchino!

Alfonso. No lo soy; pero teniendo, como los demás hombres, mis debilidades, quisiera que por lo menos se cubriesen con el velo de cierta elegancia, y repito que las máscaras, cuando ni la imaginación se ejercita en inventar los trajes y mudanzas de las comparsas, ni los ojos pueden recrearse en contemplar su espectáculo, se reducen á una reunión por lo menos peligrosa para la juventud, y singularmente para el bello sexo.

D. Antonio. La careta, en efecto, dá libertad para decir y para

en estupidas cosas: pero por una parte, el hábito de tales diversiones disminuye hasta cierto punto sus inconvenientes; y por otra, cuando las costumbres de un pueblo las consienten y favorecen, en vano es que el legislador les oponga la barrera de las prohibiciones. A ese y á otros males de la sociedad imposibles de combatir de frente, los paliativos son el único remedio.

El Redactor. Y el único arbitrio para que Alfonso prosiga su historia...

Don Antonio. Será el de que callemos.

Alfonso. Como mi principal, ó por mejor decir, mi único objeto era el de ver á Matilde, así que la concurrencia fué bastante para que no pudiera fijarse la atención en mí persona, fui á situarme en la antesala y de manera que cuantas máscaras habian de pasar, como en revista; por delante de mí, y cuando acertaba á hacerlo una mancha, dejó á la consideración de VV. si le examinaría atentamente las manos. Pero durante mas de media hora la hice inutilmente, viendo sí muy bonitos cuerpos, piernas torneadas, gargantas de marfil, y aun manos que desde mil leguas juraban en falso con el guardapiés y la mantilla de tirá; pero en ninguna de ellas la cristalina piedra, símbolo y objeto de mis esperanzas. Comenzaba ya á impacientarme, cuando entró una comparsa de romanos, y romanas por supuesto; cuyo jefe coronado de ojas de talco y cartón, figurando la cabeza de los emperadores, se descubrió al encargado del reconocimiento, respondiendo de todos los que le seguian, por manera que esos no hubieron de someterse al registro. En cuanto á los imprevistos Gracos ó Escipiones, como VV. quieran, apenas concedido el pase, no hubo dificultad en la entrada: pero las matronas ó vestales, que de todo tenia el traje, y de todo habria en la comparsa, no quisieron hacerla sin retocar antes los pliegues del velo, componer la túnica, alisar el cabello, y tal vez ajustar el ceñidor. Y digo, mal que les pase á los fanáticos encamiadores de las virtudes romanas, que otro tanto, ni mas ni menos que nuestras madrileñas, hubieran hecho las Porcias y las Sabinas y las Camilas, si en el mismo caso se hubieran hallado. Pero sea de esto lo que fuere, esto es que á la parte donde yo estaba, como mas oscura y retirada de la antecámara, se vistieron dos romanas gentilísimas, y no por esa digo que no fue-

ran cristianas, una de las cuales se bajó tanto para ajustarse las cintas que, á una pierna digna de la Venus de Médicis, sujetaban una sandalia brevísima, que la máscara sin duda mal sujeta, se le desprendió enteramente de un lado.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS TRES CUALIDADES INDISPENSABLES DE UNA BUENA MUJER

Un escritor inglés ha expresado de una manera muy original algunas verdades incontestables.

«Hay tres cosas, dice, á las cuales debe parecerse una buena mujer, y á las que tambien no debe parecerse.

«En primer lugar debe parecerse al *caracol*, que guarda constantemente su casa; pero no debe hacer como este animal, que lleva sobre su cuerpo todo lo que tiene.

«En segundo lugar, debe parecerse á un *eco*, que no habla mas que cuando le hablan á él; pero no debe como el *eco* tratar de hablar siempre la última.

«Y finalmente, debe ser como el *reloj de la ciudad*, de una exactitud y regularidad perfectas; pero no debe como el *reloj* hacerse oír en toda la ciudad.»

El arte de agradar en la conversacion.

¿Quieres saber en pocas palabras el arte de agradar en sociedad en la conversacion? No hables nunca de tí mismo, y escucha sin interrumpirlos á los que hablan de sí. Despues suelta tu lengua; habla de cosas formales con los hombres sensatos, y de bagatelas con las mugeres alegres. Acuérdate, en una palabra, de que estás en sociedad, no para complacerte á tí mismo, sino para agradar á los demás. Si esto te cuesta trabajo, recoge velas y vele á un desierto.

SOLUCION DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 13.

Arco siempre armado, ó flojo ó quebrado.



La caridad.